

sociedad que funda su comportamiento social en una ideología secularizada?

La lectura del libro del Dr. Planell hace revivir plenamente un suceso pretérito y, a la vez, ayuda y estimula a estudiar los grandes temas de las relaciones entre el orden civil y el hecho religioso.

FERNANDO DE MEER

M. SCHMAUS - A. GRILLMEIER - L. SCHEFFCZYK, *Historia de los Dogmas*, t. III, Cuaderno 3 a-b: *Eclesiología (Escritura y Patrística hasta San Agustín)*, por Patrick V. DIAS y P. Th. CAMELOT, Madrid, Edit. Católica ("BAC, Enciclopedias"), 1978, 238 pp., 17,5 x 26.

Continúa a buen ritmo la edición por parte de la Editorial Católica de la monumental historia de los dogmas que, desde hace ya casi veinte años, promueven en Alemania los profesores Schmaus, Grillmeier y Scheffczyk.

Los dos cuadernos dedicados a la Eclesiología ya han sido publicados: el del P. Congar, que comprende desde S. Agustín a nuestros días (muy conocido en su original francés, que se anticipó incluso a la edición alemana), y el que ahora presentamos: *Escritura y Patrística hasta San Agustín*. En realidad este último fascículo reúne dos cuadernos de la edición alemana: uno que comprende los dos primeros siglos de la Iglesia (*Escritura y Patrística primitiva*) debido a la pluma de P. V. Dias, y el que escribe el P. Camelot, que se ocupa del resto de la Patrística hasta S. Agustín exclusive.

Vamos a invertir el orden y a ocuparnos primero de la contribución del P. Camelot. Consta de tres breves capítulos. En el primero, dedicado al siglo III, estudia la eclesiología griega a través de Hipólito y los alejandrinos (Clemente, Orígenes, Metodio), después la eclesiología latina (Tertuliano, Cipriano) y finalmente el surgir del fenómeno conciliar en los concilios provinciales (breves páginas éstas de gran interés). El segundo capítulo aborda la eclesiología griega de los siglos IV y V, la época de la gran patrística: aquí el autor no estudia individualizadamente a los Padres, sino que va dibujando, con pinceladas tomadas de uno o de otro, los rasgos de la autocomprensión de la Iglesia en aquella época, que no se ocupa sistemáticamente de la Iglesia, sino que la vive o, mejor dicho, vive en ella y la presenta a sus fieles en su unidad, santidad y catolicidad. Según Camelot, toda la visión que esta época nos entrega puede verse compendiadamente en la catequesis XVIII de S. Cirilo de Jerusalén, dedicada a comentar el artículo "Creo en la Iglesia una, santa y católica". Dos temas eclesiológicos son abordados *a se*: el primado de Roma según la visión oriental (pp. 215ss) y los Concilios Ecuménicos (pp. 219ss). La conclusión

del autor respecto del primero es que a Roma se le reconoce de hecho como instancia suprema, pero sin que los Padres muestren con claridad su fundamento eclesiológico: el carácter de *sucesor* de Pedro, que el Papa tiene, apenas es testificado en Oriente. El capítulo III y último se ocupa de la eclesiológica latina en el siglo IV, con testimonios tomados de Hilario, Jerónimo y Ambrosio, que llevan al autor a comprobar que, a pesar de no existir aquí tampoco una especulación sistemática sobre la Iglesia, se da, en comparación con los Padres Griegos, "una doctrina común sobre la Iglesia", fuertemente apoyada sobre la Biblia y con un desarrollo notable de la doctrina sobre el Primado romano, sobre todo en S. Jerónimo y S. Ambrosio. Después de unas páginas sobre Optato de Milevi y la *communio sanctorum*, el autor concluye su estudio mostrando el saber de la época patristica sobre la Iglesia: ésta aparece como un "misterio de comunión": comunión en la fe, comunión en los sacramentos y, finalmente, comunión jerárquica.

En general, el P. Camelot se limita a recoger y ordenar jerárquicamente, y tal vez con exceso de brevedad (su cuaderno tiene sólo 63 pp.), lo mucho que se ha escrito sobre la materia; el texto muestra la vigencia que siguen teniendo las investigaciones del P. Batiffol.

El cuaderno de Patrik V. Dias tiene un tenor completamente diverso: comprende las 167 primeras páginas del libro y entra a las cuestiones de manera más pormenorizada. El primer capítulo es un intento de justificar el método que se seguirá en los otros tres. De estos, el primero, titulado "La Iglesia en Jesús", se ocupa fundamentalmente de la relación entre Jesús y la Iglesia; el siguiente ("Iglesias cristianas primitivas y sus autotestimonios") es en realidad una descripción del patrimonio neotestamentario entendido como testimonio de la variedad sociológica del Cristianismo primitivo; en el cap. IV ("La Iglesia en la variedad de sus formas hasta el final del siglo II") se estudia, primero, la primera generación postapostólica, y dentro de ella, la preeminencia que alcanza para la comprensión de la Iglesia la figura del "Apóstol", determinante de la Tradición de los "episkopoi" subsiguientes; después, el autor ofrece, bajo el título "La Iglesia una en la diversidad de sus formas entre la ortodoxia y la herejía", un cuadro variopinto de la situación en el siglo II de las diversas iglesias, desde Palestina a las Galias.

No podemos detenernos a analizar y discutir las numerosas e interesantes cuestiones que la lectura de estas páginas nos ha suscitado. Pero en mis notas predominan los puntos de discrepancia, algunos de ellos de especial gravedad, en los que debo detenerme. Baste en este sentido apuntar una consideración general de fondo, y discutir después un punto concreto, que estimamos capital.

El autor se mueve dentro de la línea exegética que aborda el texto bíblico como mero documento literario que testimonia un estado de conciencia y una situación sociológica. Sin duda, los textos sagrados, como todo documento literario, nos ofrecen efectivamente ese testi-

monio, pero lo específico y propio de la Sagrada Escritura va más allá, si se toma en serio la inspiración divina de sus libros. La unidad del designio divino es apenas perceptible en la exposición del autor que, por el contrario, manifiesta —y trata de describir— cómo el Nuevo Testamento, y la documentación literaria de la época, sólo nos ofrece una encontrada pluralidad de eclesiologías sin relación de origen, en cuanto a la fundamental estructura de la Iglesia, a Jesús el Cristo. La documentación atestiguaría sólo la progresiva tendencia a la unificación de esa pluralidad.

Junto al planteamiento exegetico —y no sabría decir si como consecuencia o en su origen—, nos parece determinante de todo el itinerario del autor la posición que mantiene acerca de la relación entre Jesús y la Iglesia: Jesús no *quiso* (volitivamente) la Iglesia, aunque su actividad prepascual dio base para la decisión tomada por los discípulos, desde la fe en la Resurrección, de agruparse en Iglesia, que viene considerada, en este sentido, como fundada por Dios. La síntesis del “consenso” actual sobre el tema la ve Dias en la obra de H. Küng, *Die Kirche* (pp. 90-95), cuyas conclusiones y planteamientos hace suyas. En realidad el autor, siguiendo el texto de Küng —aunque sin decirlo— lo que hace suyas son las posiciones de los exégetas protestantes W. G. Kümmel y de N. A. Dahl. Detrás de ambos, y muy explícitamente detrás de Küng, está una notable influencia del escatologismo radical, apenas dulcificado, según el cual Jesús no pudo “pensar” en la Iglesia puesto que su horizonte estaba determinado por la inminente consumación de la historia e instauración del Reino de Dios. La idea de un “tempus Ecclesiae” no encontraría sitio en la conciencia de Jesús. La cuestión eclesiológica se reconduce, pues —y no puede ser de otra manera—, a la cuestión cristológica y, en concreto, a la ciencia y conciencia de Jesús. A nuestro entender, este reduccionismo cristológico está en la base de los sucesivos desarrollos del libro de P. V. Dias, que presenta una Iglesia autodonándose sus propias estructuras de manera cambiante.

Los directores de esta “Historia de los Dogmas” han advertido este singular planteamiento y tratan de alguna manera de prevenir al lector por medio de un “prólogo de los editores”, en el que dicen que este fascículo, a diferencia de los demás de la colección —que siguen el método “de mostrar el despliegue y el crecimiento de la verdad, fijada en la Revelación y confiada a la Iglesia”—, adopta “una orientación sociorreligiosa más intensa del pensamiento..., teniendo en cuenta los elementos naturales, asequibles al investigador empírico, de la experiencia religiosa de entonces”. Dan algunos argumentos —más o menos convincentes— para mostrar que este método “no es totalmente inadecuado” al objeto, pero se ven en la obligación de señalarle sus límites, que en última instancia se reducen al riesgo de que se difumine la distinción entre religión y fe cristiana, es decir, que se diluya lo específico del Cristianismo, como ya apuntamos más arriba. La

consecuencia —siguen diciendo los editores— es que en el libro de P. V. Dias no aparecen en primer plano “ciertos elementos específicamente teológicos que constituyen lo irrepitable y lo indeducible de una comprensión teológica de la Iglesia”, o se superponen “por la ruda luz de la sociología que mira más lo general y colectivo”. Y a continuación enumeran algunos de esos elementos: la unidad de la Iglesia dentro de la pluralidad, la importancia del oficio de representación de Cristo, *fundado* por el mismo Cristo, y la posición única de la misión de Pedro, junto con la estructura sacramental de la Iglesia. Es loable y magnánimo el esfuerzo de los directores de la colección por “reinterpretar” el texto de P. V. Dias, aunque temo que no consigan evitar la sorpresa y perplejidad del lector, que seguirá a la espera de otra obra que pueda eficazmente cubrir este importante sector de la historia de los dogmas.

Una última observación para los lectores de la edición española: las puntualizaciones y reservas que se contienen en el citado prólogo afectan sólo, en la mente de los editores, a la contribución de P. V. Dias, no a la del P. Camelot. El hecho de que ambas hayan sido reunidas (en la edición de la BAC) en un solo fascículo y el prólogo parezca común a ambas, podría dar a entender lo contrario. Tal vez no hubiera venido mal, en honor al P. Camelot, haberlo hecho notar expresamente. En el original alemán no había problema, pues ambos cuadernos, como ya se dijo, fueron editados separadamente.

El fascículo que presentamos, como todos los de la serie, tiene una bella factura, que no desdice lo más mínimo de los originales alemanes de la casa Herder.

PEDRO RODRÍGUEZ

Josef PIEPER, *La fe ante el reto de la cultura contemporánea (Sobre la dificultad de creer hoy)*, Madrid, Ed. Rialp (Col. “Naturaleza e Historia”, n. 48), 1980, 272 pp., 19 × 22.

En este libro, Pieper recoge 16 artículos y discursos escritos o pronunciados entre 1962 y 1973. Se trata de textos de extensión y tono diverso —desde breves intervenciones orales en discusiones filosófico-teológicas y conferencias radiofónicas hasta ensayos amplios, cuidadosamente trabajados— que cabe agrupar en cuatro unidades temáticas fundamentales, que corresponden, por lo demás, al orden mismo dado por Pieper a esta obra:

1. La verdad de lo sacro, en cuanto realidad íntimamente ligada a la vivencia humana de la trascendencia de Dios, en sus relaciones con el llamado proceso de secularización y los problemas vinculados con él. Esta temática la aborda Pieper tanto en términos generales (en el